

querella por un combate de cincuenta contra cincuenta. El príncipe es vencido, é Ida le ve ensangrentado sobre la arena. Poco á poco, á despecho de sí misma, cede á las súplicas, recoge á los heridos en su palacio y se acerca al lecho del moribundo. Ante su languidez y su delirio brota la compasión, la ternura, el amor, en fin, «como campanilla alpina, rociada de lágrimas matinales junto algún frío glaciador, frágil y endeble al pronto, pero que de día en día cobra brillo». Una noche, el príncipe vuelve en sí, extenuado, con la mirada velada aún por fúnebres visiones; la ve flotar ante él como un ensueño; abre penosamente los pálidos labios, y la dice en voz muy baja: «Si sois aquella Ida que conocí, nada os pido; pero si sois un sueño, un dulce sueño, colmad la ilusión. Yo moriré esta noche; inclinaos, y haced ademán de besarme antes que muera. Ella se volvió; se detuvo; se inclinó, y, temblando nuestros corazones, se encontraron nuestros labios. De lo profundo de mi abatamiento surgió un grito, el amor coronado que se lanzaba del borde de la muerte; y por las venas palpitantes subió el alma, y, concentrada en un beso de fuego, se pegó á la boca de Ida. Volví á caer hacia atrás, y ella se retiró de mis brazos, encendida de noble rubor. Toda la falsa envoltura había caído á sus pies como un vestido, y ahora se revelaba como mujer, más peregrina que antes, al salir del estéril abismo para conquistarlo todo por el amor, manando líquido cristal, y deslizándose desnuda á lo lejos por las purpúreas riberas de las islas, como una doble luz en el aire y en las ondas.» He ahí el acento del Renacimiento, tal como salió del corazón de Spenser y de Shakespeare, que alimentaron esa adoración voluptuosa de la forma y del alma, y ese divino sentimiento de la belleza.

V

Hay otra caballería que abre la Edad Media, como ésta la cierra; una caballería cantada por niños, como ésta por jóvenes, y resucitada en los *Idilios del rey*, como ésta en *La Princesa*. Es la leyenda de Arturo, de Merlín y de los caballeros de la Tabla Redonda. Tennyson ha renovado sus sentimientos y su lenguaje con un arte admirable; esa alma flexible se adapta á todos los tonos para procurarse todos los placeres. Esta vez se hizo épico, primitivo y candoroso, como Homero y como los antiguos trovadores de las canciones de gesta. Es dulce salir de nuestra civilización artificiosa, remontarse á las épocas y costumbres primitivas y escuchar el plácido discurso que corre caudalosa y mansamente como un río por una pendiente llana. Lo característico de la antigua epopeya es la claridad y la serenidad. Las ideas acaban de nacer; el hombre es dichoso y niño aún. No ha tenido tiempo de refinar, de cincelar é iluminar su pensamiento; le expone desnudo. No le aguijan aún concupiscencias multiplicadas; piensa desahogadamente. Toda idea le interesa; la desenvuelve atentamente; la explica. Su discurso no da saltos jamás: va paso á paso de un objeto á otro, y todos le parecen bellos; se detiene, mira y se complace en mirar. Esa sencillez y esa calma son originales y encantadoras. Se deja uno llevar; se encuentra á gusto; no desea ir más de prisa: parece que se

querria estar siempre así. Porque el pensamiento primitivo es el pensamiento sano; nosotros no hemos hecho más que alterarle á fuerza de injertos y de cultivo, y volvemos á él como á nuestro más íntimo fondo para hallar el contento y el sosiego.

Pero lo que distingue á la epopeya de la Tabla Redonda, entre todas las demás, es la pureza. Arturo, «el rey intachable», ha congregado «aquel glorioso círculo, la flor de los hombres, para servir de modelo al mundo y ser bello principio de una edad. Les ha hecho poner sus manos sobre las suyas, y jurar respeto á su rey como si fuese su conciencia, y á su conciencia como si fuese su rey; no proferir ni escuchar calumnias; pasar su dulce vida en la más pura castidad; no amar más que á una joven; consagrarse á ella, y ofrecerle por culto años de nobles acciones.» Es un placer refinado moverse en semejante mundo, porque ninguno hay en donde puedan nacer más puras é interesantes flores. No citaré más que una: Elaine, «el lirio de Astolat», que habiendo visto una sola vez á Lanzarote, le ama después de partir, y por toda la vida. Conserva en la torrecilla el escudo que él dejó, y todos los días sube á contemplarle, contando las señales de las lanzadas, y viviendo de sus ensueños. Lanzarote está herido; la doncella va á cuidarle, y le cura. Entre tanto, murmuraba: «En vano, en vano; no puede ser. No me amará. ¿Y entonces? ¿He de morir?» Y así como un pobre é inocente pajarillo, que no sabe más que un sencillo canto de algunas notas, le repite una y mil veces durante toda una mañana de Abril, hasta que el oído se cansa de oírlo; así la inocente doncella iba repitiendo durante media noche: «¿He de morir?» A la postre se declara, ¡y con qué pudor y emoción! Pero él no puede casarse

con ella; pertenece á otra. La joven desfallece; quieren consolarla, y se niega al consuelo; le dicen cómo Lanzarote es culpable con la reina, y no lo cree. Dice á sus hermanos: «Queridos hermanos, cuando yo era niña, soliais llevarme con vosotros en la lancha del barquero, y remontar el gran río con la marea. Pero no queriais pasar del cabo donde está el álamo; y yo lloraba porque no queriais seguir remontando el río reluciente hasta llegar al palacio del rey. Ahora cumpliré mi deseo.» Muere, y, según su última voluntad, la llevan «como una sombra al través de los campos que brillan en su plenitud estival», y la ponen en la barca, cubierta de terciopelo negro. La barca remonta impelida por la marea, «y con ella la muerta, llevando en la mano derecha un lirio, en la izquierda una carta, y la blonda cabellera suelta y flotante... Todo el sudario era de paño de oro extendido hasta la cintura... y aquella cara de tan puras facciones tenía un aspecto atractivo, porque la joven no parecía muerta, sino profundamente dormida, y reposaba sonriendo.» Llega así, en medio de un gran silencio, y el rey Arturo lee la carta delante de todos los caballeros y todas las damas que lloran: «Nobilísimo señor sir Lanzarote del Lago, yo, á quien llamaban á veces la virgen de Astolat, vengo aquí porque me abandonasteis sin despediros; vengo á daros el último adiós. Os amaba, y mi amor no fue correspondido. Por eso mi fiel amor ha sido mi muerte. Por eso vengo á condolerme ante nuestra señora Ginebra y ante todas las demás damas. Rogad por mi alma y concededme la sepultura. Rueda por mi alma tú también, Lanzarote, porque eres un caballero sin par.» Nada más: acaba con esta última frase tan llena de tristeza y de tierna admiración; sería difícil encontrar nada más sencillo y más delicado.

Parecía que un arqueólogo podría rehacer todos los estilos, menos el solemne, y éste lo ha rehecho todo, incluso el estilo solemne. Es la noche de la última batalla; el tumulto de la gran refriega ha resonado durante todo el día «por las montañas próximas al mar de invierno»; uno tras otro, han caído los caballeros de Arturo; también ha caído él con el cráneo partido al través del casco, y sir Bedivere, su último caballero, le ha conducido, á poca distancia de allí, «á una capilla destrozada, con una cruz rota, que se alzaba sobre una negra angostura de tierra estéril. A un lado estaba el Océano; al otro un gran lago, y la luna lucía en su plenitud». Arturo, comprendiendo que va á morir, le dice que tome su espada Excalibur, porque la recibió de las hadas del mar, y ningún otro mortal debe poner sus manos sobre ella. Dos veces va á cumplir Bedivere la voluntad del rey; dos veces se detiene y vuelve á decirle que ha tirado la espada, sin atreverse á hacerlo, porque deslumbra sus ojos el maravilloso bordado de diamantes que relucen alrededor del puño. Por fin, á la tercera vez la arroja: «La gran espada despidió relámpagos herida por la luna, y trazó en el aire un arco de luz, á modo de esa irradiación de aurora boreal que brota de noche, cuando chocan las islas móviles del invierno, en medio de los ruidos del mar del Norte. Pero antes que la espada tocase en la superficie, se alzó un brazo, vestido de terciopelo blanco, místico, maravilloso; la asió del puño; la blandió tres veces, y se hundió con ella en el mar.» Entonces Arturo, levantándose dolorosamente y respirando con trabajo, manda á sir Bedivere que le lleve en hombros hasta la ribera. «De prisa, de prisa, porque temo que sea demasiado tarde, y creo que voy á morir.» Llegan de esa suerte á lo

largo de las cavernas heladas y de las peñas retumbantes, hasta la orilla del lago, donde «se ostentan los largos esplendores de la luna de invierno». Allí se había detenido una barca sombría, negra, con una banda fúnebre de proa á popa; todo el puente estaba cubierto de formas majestuosas, con negros ropajes y capuchas negras, como imágenes de un sueño; junto á ellas se veían tres reinas con coronas de oro. De sus labios salió un grito que subió vibrando hasta las estrellas palpitantes; y, como si no hubiese más que una voz, alzóse un lamento angustioso, cual viento que gime toda la noche en una tierra desierta adonde nadie va ni fué desde el principio del mundo. Arturo murmuró entonces: «Ponme en la barca», y á la barca se encaminaron. Allí las tres reinas extendieron las manos y cogieron al rey llorando. Pero la mayor y la más hermosa de todas puso la cabeza del rey en su regazo, le quitó el casco roto, y le llamó por su nombre profiriendo altos lamentos. La barca se separa, y Arturo, alzando su voz lenta, consuela á sir Bedivere, que se aflige en la orilla, pronunciando estas palabras de despedida, solemnes y heroicas: «El antiguo orden cambia, cediendo el puesto al nuevo; y Dios se revela de varios modos, por temor de que una sola costumbre, aun siendo buena, corrompa al mundo. Si no has de volver á contemplar mi semblante, ruega por mi alma; más cosas se han conseguido por la oración de las que este mundo cree... Porque así la tierra entera se halla unida á los pies de Dios por cadenas de oro. Y ahora adiós; emprendo un largo viaje con los que ves, si es que realmente le emprendo (porque las dudas nublan todo mi espíritu), hacia la isla y el valle de Avilion, donde no llueve, ni graniza, ni nieva, ni el viento sopla jamás impetuosamente, sino

que yace en calma, bello y venturoso, con sus profundas praderas, con sus verjeles y sus sombrías hondonadas, coronadas por un mar de estío, donde sanaré de mi dolorosa herida.» Creo que desde la Ifigenia de Goethe no se ha visto nada más sereno é imponente.

¿Cómo condensar en algunas palabras todos los caracteres de este talento tan múltiple? Es poeta de nacimiento, es decir, constructor de palacios aéreos y de castillos imaginarios. Pero le han faltado la pasión personal y las preocupaciones absorbentes que dominan por lo común la mano de sus iguales; no ha descubierto en sí propio el plano de un nuevo edificio; ha edificado con arreglo á todos los demás; se ha circunscrito á escoger entre las formas más elegantes, más adornadas, más exquisitas, tomando la flor de sus bellezas. A lo sumo, si por acaso se ha entretenido en arreglar algún *cottage* verdaderamente inglés y moderno. Si en esa selección de arquitecturas resucitadas ó renovadas se busca su huella, la adivinaremos en algún que otro friso más delicadamente esculpido, en algún rosetón más fino y airoso; pero no se verá marcada y sensible sino en la pureza y elevación de la impresión moral que se saca al salir de su museo.

§ 2.—EL PÚBLICO.

Parece que el poeta favorito de una nación debe ser el que un hombre culto se echa al bolsillo cuando va de viaje. Hoy ese poeta sería Tennyson en Inglaterra, y Alfredo de Musset en Francia. Los dos públicos difieren; por consecuencia, difieren sus géneros de vida,

sus lecturas y sus gustos. Tratemos de describirlos; se comprenderán mejor las flores viendo el jardín.

Llegáis á Newhaben ó á Douvres, y corréis por los rails, mirando en torno vuestro. Por una y otra parte desfilan casas de campo; las hay por doquiera en el país, á orillas de los lagos, en la ribera de los golfos, en la cumbre de las colinas, en todos los puntos de vista pintorescos. Son la morada preferida; Londres no es más que un centro de negocios; donde la gente vive, se divierte y recibe es en el campo. ¡Qué casa tan bien arreglada y tan linda! Si al lado existía alguna antigua construcción, una abadía ó un castillo, se conserva. El edificio nuevo se armoniza con el viejo; y, aun siendo sólo moderno, no carece de estilo: los aguilones, las grandes ventanas, las torrecillas cobijadas en todos los ángulos, ofrecen cierto aire gótico. Ese mismo *cottage*, tan modesto, mansión de quien sólo tiene treinta mil libras de renta, tiene un aspecto tan atractivo, con sus tejados puntiagudos, con su pórtico, con sus oscuros ladrillos barnizados, cubiertos de yedra. Verdad es que las más de las veces se echa de menos la grandeza; hoy los que forman la opinión no son ya los grandes señores, sino los *gentlemen* ricos, bien educados y propietarios. Lo que priva es lo atractivo. ¡Pero cómo lo entienden! Circunda toda la casa un césped fresco y sedoso como terciopelo. Enfrente un golpe deslumbrador de enormes rododendros, donde zumban enjambres de abejas; sobre la fina hierba se arrastran sinuosamente guirnaldas de flores exóticas; las madre selvas trepan por los árboles; cientos de rosas inclinadas al borde de las ventanas envían á las calles la lluvia de sus pétalos. Los hermosos olmos, los tejos, las grandes encinas preciosamente conservadas, se agrupan ó yerguen sus co-